

Los hijos de  
*Saccharum*



Jonathan Escobar Oviedo

Una repentina tempestad en el corazón del valle sería el inicio de un amargo porvenir para toda la localidad. Desde el portón de una pequeña hacienda, Carlos miraba el apocalíptico horizonte sin saber que desde el cultivo de caña se levantaba algo más que solo petricor. De hecho, el dulce aroma que venía desde la cocina lo sumergió en un profundo recuerdo de su infancia en el que era rescatado por su padre de ese frondoso laberinto. Pero el agua de panela con limón que se solía preparar ante semejantes desventuras, aquella tarde se consumió en el aire porque su padre había fallecido y Carlos no paraba de sollozar.

El predio que bordeaba el llano oriental del río Cauca entre el municipio de Buga y Yotoco, un angosto pasaje entre los cordillera central y occidental utilizado estratégicamente por los conquistadores, fue lo único que Carlos heredó. Los titulares de la fecha no mostraron siquiera la foto del hombre que por tantos años protegió la vegetación de la zona, pues apenas tuvieron media columna para recordarle al mundo cómo el cambio climático había acelerado la temporada de lluvias. Pero aquellas circunstancias no sorprendieron al joven que durante toda la

vida contempló, desde la distancia, cómo su padre se sacrificaba en una empresa que muchos consideraban absurda. “Si ves, hijo, las personas han olvidado su deber con la madre tierra; preservar su equilibrio natural —le dijo una vez por teléfono—. Es que si supieras de dónde venimos, Carlitos, entenderías por qué nunca renunciaré a este trabajo”. Por esta razón, cuando el joven fue informado de la muerte de su padre, no solo lo sobresaltó el extraño fallecimiento de un hombre que sin importar su discapacidad en el hombro derecho por el zarandeo del machete había permanecido siempre saludable, sino también por la responsabilidad que ahora pasaba a sus manos.

No fue fácil tomar las riendas de su legado. Tardó casi tres semanas en dejar su vida citadina para volver al lugar que lo vio crecer. De camino al pueblo, el joven no dejó de mirar por la sucia ventanilla del bus el monótono y silencioso paisaje que se extendía a ambos lados de la carretera, pensando en la traición que cometería si vendiera el terreno que su progenitor tanto protegió. Aquella idea no lo abandonó durante los primeros días en los que se hospedó en la hacienda, recibiendo a diario molestos visitantes que después de dar sus condolencias pasaban a hablarle de negocios. Sin embargo, por aquellos días apareció el primer espectro que anunciaba el terrible desastre que se avecinaría como si de un mito escatológico se tratara. Mientras Carlos removía algunos trastos de la casa se topó con un viejo cofre que guardaba carcomidos documentos, aunque con cada

hoja que corría entre sus dedos descubriría que eran más que solo informes prediales, se trataba en realidad de páginas inconexas extraídas de tiempos y lugares remotos: una antigua pintura de dos danzantes en torno a un tallo, un pergamino titulado Die Süße Kriger, firmado por un tal Humboldt, densos tomos con una suerte de tipografía hindú y una corona estampada sobre las portadas, cartografías de colonizadores en las islas del Caribe y grabados amerindios de abejas situadas una sobre la otra. Todo lo demás eran crípticos textos que Carlos jamás descifraría. De repente, en medio de esa aparente biblioteca surgió un manuscrito en español decorado con una pequeña caligrafía en cursiva que deformaba la ese en una suerte de espiral; era la letra de su padre que al parecer daba cuenta de un fantástico relato:

*Cuando la materia cósmica alcanzó su orden milenario, Yawm, dios solar, y Ghamar, dios del agua, engendraron cuatro radiantes seres que fueron adornando la superficie de la tierra. La más joven de los hermanos, Poaceae, esparció una atractiva vegetación que a su vez se multiplicó en millares de especies que crecieron a lo largo y ancho del globo terráqueo. No obstante, aquella vida crecía sin medida y amenazaba con devolver el universo al caos inicial. Entonces, Shamea, dios del fuego, le dio a la más dulce de todas las especies el poder de engendrar un ser que organizara los pastos. De ahí salió la primera*

*tribu de seres humanos que se llamó en honor a su madre, Saccharum. De aquella intervención se explica la forma cilíndrica de nuestro dorso y extremidades que están unidas por articulaciones que se asemejan a los nudos de la planta, y la relación entre nuestras neuronas con la sutileza floral que tienen las incontables espigas que decoran su cúspide. Como resultado, la tribu trabajó la tierra y al mismo tiempo ésta le suministró de legumbres, cereales, frutos y del suave néctar de su madre. Pese a ello, tal acuerdo fue interrumpido cuando tras varias generaciones el hombre abandonó sus deberes para saciar únicamente su apetito, y en el intento de ocultar a los dioses el daño ocasionado a la tierra quemaron imprudentemente los pastos. La ira divina desató un diluvio tras el cual surgió una peste que comenzó a expandirse por la tierra y exterminar...*

Las páginas siguientes se volvían incomprensibles, opacadas por los hongos, comidas por las polillas. Con suerte, Carlos descifró unas pocas líneas que hablaban de cómo los dioses les permitieron a algunos hombres convertirse en un tipo de mosca que protegía los cultivos. Además, se decía que estos seres se vieron por última vez junto a personajes históricos como Belalcázar rumbo al océano Pacífico. Eso fue todo lo que

pudo leer, una ficción claramente, pero que no dejaba de sonarle familiar.

Si el descubrimiento del cofre parecía ser una casualidad, dejó de serlo dos semanas después del diluvio, cuando los cultivos que finalizaban su fase de macollaje comenzaron a revelar incontables hojas marchitas y perforaciones en la base de los tallos. En efecto, el poblado no tardó en darse cuenta que la *Diatraea*, una histórica plaga de la caña de azúcar, afectaba el terreno de Carlos. Debido a esto volvieron a su puerta tanto hacendados que justificaban por qué tenía que vender el predio a tiempo y a menor costo, como vendedores de tóxicos pesticidas y algunos otros que a pesar de ser más amigables con el medio ambiente no lo eran con su billetera. Finalmente, unos campesinos persuadieron a Carlos de comprar algunas cosechas de controladores biológicos como *Lydella Minense* y *Billea Claripalis*, pero aquellos organismos fracasaron en su intento de detener la monstruosa plaga que no tenía precedentes.

La herencia de Carlos había sido un ejemplo para los ingenios de la zona que admiraban la buena coloración de su follaje y su alta productividad, todo ello como resultado de los años en que su padre ensayó con cruces genéticos de caña creados en laboratorios. Ahora, la naturaleza había acorralado a la ciencia demostrando cómo en pocos días podía infestar las diversas variedades de caña sembradas por toda la ribera del río Cauca, incluyendo la CC 05-430, “la variedad del futuro”, la cual

se consideraba tolerante a la *Diatraea*. Una gran región del país comenzó a agonizar no solo por la disminución en la obtención de azúcar, panela, etanol, ácidos cítricos o dulces que servían de *souvenirs* a los turistas, sino también porque existían miles de personas cuya fuente de empleo era la caña. De este modo, se instaló un agrio sabor en el espíritu humano, porque el dulce, más allá de generar glucosa en el organismo, produce felicidad, esperanza.

La vida de Carlos fue reducida a la que podría tener el primer paciente de una epidemia, atiborrada de acusaciones, sospechas y una intensa culpa por algo que ignoraba. En aquel desconcierto el joven escapó del valle hacia la falda occidental de la cordillera, la cual se eleva hasta el alto Calima y desciende a las playas de Buenaventura. Allá, entre la soledad, la neblina y los ensueños, Carlos percibió unas bromelias que crecían en los troncos de los árboles y servían de hogar a diminutos organismos que eran el alimento de innumerables insectos, los cuales, a su vez, eran devorados por reptiles que se paseaban por el lugar. Aquellos actores de la naturaleza le hicieron recordar una historia que su padre le contó, en la que el dios muisca del sol, Xué, transformó a un grupo de hombres en osos andinos, en cuya dieta se encuentran precisamente las bromelias y pequeños vertebrados, con el fin de proteger el agua de los páramos. Cuando estas palabras terminaron de pasar por su corazón y solo quedó el silencio del bosque, Carlos contuvo la respiración

y se quedó inmóvil. No fue solo una idea lo que llegó a su mente, fue una revelación.

La necesidad humana de obtener a la fuerza resultados inmediatos había hecho que todos los sistemas contra la *Diatraea* salieran mal. La naturaleza no funciona así, eso fue lo que Carlos comprendió tras ver cómo diferentes especies tenían un lugar indicado en el orden de las cosas. De cierto modo, cada roca, animal o planta era un engranaje dentro del cosmos, a esto se debía que la tarea del ser humano fuera preservar la armonía de la Tierra.

La ola de pensamientos que despertaron a Carlos de su letargo lo condujo de regreso a casa. Tras entrar por el portón, rebuscó entre los documentos de su padre algún indicio del supuesto engranaje perdido en los cultivos de caña. De nuevo ojeó los códices del cofre como si repentinamente pudiera comprender sus acertijos y jeroglíficos, hasta que descubrió un detalle, tal vez imperceptible, pero que huía de toda casualidad. Junto a las ilustraciones de los danzantes, del pilar de abejas, en los bordes de la corona hindú y de las cartografías españolas, se hallaban grabadas diferentes arvenses e insectos voladores que más allá de decorar las imágenes eran parte de un extraño flujo estético.

Por los días siguientes, el joven se comportó como un excéntrico ambientalista que sembraba arvenses junto al cultivo de caña, una desconcertante tarea para la lógica del monocultivo.

A pesar de los agravios y los artículos que no paraban de señalar las pérdidas económicas, Carlos no cesó en su intento de regresarle a la naturaleza un equilibrio que difícilmente podía expresarse en porcentajes. Así fue como con cada puñado de tierra que removía sentía que sus manos ya no le pertenecían, que eran las dinámicas manos de un guerrero indígena, las de algún ser milenario con miles de extremidades dirigiendo el devenir del universo o las de su padre cuyas callosidades reflejaban su gran consagración.

Lo que ocasionó la labor de Carlos fue la llegada de una multitud de nuevos insectos atraídos por las hierbas, entre ellos un legendario guerrero volador llamado *genea jaynesi*, depredador natural de la *Diatraea*, gracias al cual fue disminuyendo la población de esta plaga como ningún otro método había conseguido. Se necesitaron varios meses para que los campos se recuperaran del daño ocasionado, aunque más allá de un simple reajuste se hablaría de un nuevo comienzo para el ecosistema. El trabajo de Carlos continuó sirviendo de ejemplo para los grandes y pequeños ingenios, los cuales comenzaron a divisar en la caña algo más que solo un producto rentable. Así fue como el inmenso desierto verdoso se convirtió poco a poco en un colorido campo vestido de disímiles texturas durante el día y en una orquesta con el zumbir de cientos de animalitos en la noche.

Diferentes hechos transversales podrían seleccionarse como secuela final de esta historia: la revitalización de la fauna, el mejoramiento en la salubridad de algunos alimentos, los nuevos mercados de libretas, aglomerados y hasta sandalias hechas con biomasa, cuentos que revivían el cuidado natural en el imaginario social, descubrimientos científicos, entre otros. Sin embargo, el último acontecimiento, que bien podía ser el primero siendo que estuvo escrito desde siglos atrás, fue el instante en que Carlos descubrió su historia opacada y repetida en el tiempo en una de las hojas del cofre de su padre.

The Children of  
*Saccharum*



**Jonathan Escobar Oviedo**

Translation by Juana Silva

A sudden storm in the heart of the valley was to mark the beginning of a bitter future for the whole village. From the gate of his small farm, Carlos gazed at the apocalyptic horizon, unaware that something more than just petrichor was rising from the cane. The sweet aroma from the kitchen aroused deep memories of his childhood in which he was being rescued by his father from that lush labyrinth. But the lemon-scented *aguapanela* that he used to make before such misadventures vanished into thin air that afternoon because his father had died, and Carlos could not stop weeping.

The only thing that Carlos inherited was the property that bordered the eastern plain of the Cauca River, between the municipalities of Buga and Yotoco; a narrow passage between the central and western mountain ranges once used strategically by the conquistadors. The news stories on the day his father died did not even include a photo of the man who had protected the local environment for so many years; all they published was a couple of lines to remind the world how climate change had sped up the rainy season. But these circumstances did not surprise

the young man who throughout his life had witnessed from afar how his father sacrificed himself in an undertaking that many considered absurd. 'You see, son; people have forgotten their duty to Mother Earth: to preserve its natural balance,' he once said over the phone. 'If you knew where we came from, Carlitos, you would understand why I will never give up this job.' That's why, when the young man was informed of the death of his father, he was not only startled by the strange passing of a man who despite the disability in his right shoulder caused by wielding a machete had always been healthy; he was also shaken by the responsibility that had now come to rest on his shoulders.

It was not easy to take the reins of his legacy. It took him almost three weeks to leave his urban life and return to the place where he grew up. All the way, to the village the young man stared through the dirty bus window at the monotonous and silent landscape that stretched out on both sides of the road. He was thinking about the betrayal that selling the land so adamantly protected by his father would entail. That idea stayed with him during his first days at the farm, busy with annoying visitors who came every day to offer their condolences before moving on to talk business. During those days, however, the first spectre appeared as if it were an eschatological myth, announcing the terrible disaster to come. While Carlos was cleaning up the house, he came across an old chest that contained some worm-eaten documents, but with each sheet that passed through his



fingers he discovered that they were more than just property reports; they were loose pages surviving from remote times and places. An old painting of two people dancing around a plant stem, a parchment entitled *Die Süße Kriger*, signed by a Mr Humboldt, thick volumes with some sort of Hindu typeface and a crown stamped on the covers, colonial maps of the Caribbean islands and Amerindian engravings of bees, all placed one on top of the other. There were many cryptic texts that Carlos would never be able to decipher. Suddenly, in the middle of what was beginning to feel like a library, a manuscript in Spanish appeared. It was in his father's handwriting, a small cursive calligraphy that deformed each letter 'S' into a kind of spiral, and seemed to be telling a fantastic story:

*When cosmic matter reached its millennial order, Yawm, solar god, and Ghamar, the god of water, conceived four radiant beings that began to adorn the surface of the earth. Poaceae, the youngest of the siblings, scattered alluring vegetation that multiplied into thousands of species and spread throughout the globe. That life, however, grew without measure and threatened to bring the universe back to its initial chaos. Therefore, Shamea, god of fire, gave the sweetest of all species the power to conceive a being that would bring order to the pastures. From there came the first tribe of human beings, named*

*after their mother, Saccharum. Such intervention explains the cylindrical shape of our back and extremities, held together by joints that resemble the knots of the plant, and the relationship between our neurons and the floral subtlety of the countless spikes that decorate its summit. As a result, the tribe worked the land and, in turn, the soil supplied them with vegetables, cereals, fruits, and the soft nectar of their mother. Despite this, the agreement was interrupted after several generations, when men abandoned their duties to cater only for their own appetites. In an attempt to hide from the gods all the damage they had caused to the earth, humans recklessly burned the pastures. Divine anger unleashed a flood after which a plague arose and began to spread through the land, exterminating..*

The following pages became incomprehensible, stained by mould, eaten by moths. Carlos managed to decipher a few more lines that spoke of how the gods allowed some men to become a type of fly that protected crops. It was also said that these beings were seen for the last time accompanying historical figures such as Sebastián de Belalcázar as they headed to the Pacific Ocean. That was all that could be read. A work of fiction, no doubt, but one that Carlos couldn't help finding familiar.

If the discovery of the chest seemed just a coincidence at first, it ceased to be so two weeks after the flood, when young shoots began to reveal countless wilted leaves and perforations at the base of the stems. Indeed, it did not take long for the town to realize that it was *Diatraea*, an ancient sugarcane stem-boring pest, that was affecting Carlos's land. As a result, there returned to his door not only landowners who had suggested he should sell the property quickly and cheaply, but also sellers of toxic pesticides, and some others who, despite being more environmentally friendly, were still after his money. At length, some farmers persuaded Carlos to buy biological controls such as *Lydella minense* and *Billaea claripalpis*, but those organisms failed to stop this monstrous and unprecedented plague.

Carlos's father's farm had been a shining example for the mills in the area. They admired its good foliage colouration and its high productivity, which was a result of his father's years of experimenting with genetic cane crosses created in laboratories. Now nature had cornered science, demonstrating how in just a few days it could infest the numerous cane varieties that were planted along the banks of the Cauca River, including CC 05-430, known as 'the variety of the future', which was considered to be resistant to *Diatraea*. The whole region began to suffer, not just because of falling production of sugar, panela, ethanol, citric acids or sweets for tourists, but also because there were thousands of people whose livelihoods depended on sugarcane

crops. Thus a sour note settled on the human spirit because sugar doesn't just produce glucose in the human organism, it produces happiness and hope.

Carlos's life was reduced to that of an epidemic's patient zero, bombarded with accusations, suspicions and an intense guilt for something he knew nothing about. The young man escaped the turmoil in the valley for the western skirt of the mountain range, which rises to the Alto Calima region and descends to the beaches of Buenaventura. There, surrounded by loneliness, mist and dreams, Carlos found some bromeliads that grew on tree trunks and served as home to tiny organisms that were the food of innumerable insects, which in turn were eaten by reptiles. Those creatures reminded him of a story that his father once told him: in order to protect the water of the paramos, Xué, the Muisca god of the sun, transformed a group of men into Andean bears, whose diet was precisely bromeliads and small vertebrates. Once these words had entered his heart and only the silence of the forest remained, Carlos held his breath and froze. It wasn't just an idea that came to mind. It was a revelation.

The human need for immediate results had caused all the anti-*Diatraea* systems to go awry. But Nature didn't work like that. That's what Carlos understood after seeing how different species had a set place in the order of things. In a certain way, each rock, animal or plant is a cog in the cosmic machine, which

is why human beings' task is to preserve the Earth's harmony.

These thoughts woke Carlos from his lethargy and urged him back home. As soon as he walked through the door, he rummaged through his father's documents for a clue to the cog that had been lost in the sugarcane fields. Once again he scanned the codices on the chest, as if he could suddenly understand their riddles and hieroglyphs. Finally, he discovered a detail, almost imperceptible, but unmistakable: next to the painting of the dancers, the pillar of bees, and on the edges of the Hindu crown and the Spanish cartographies, different weeds and flying insects were engraved. Beyond decorating the images, they were part of a strange aesthetic continuum.

Over the following days the young man came to be seen as an eccentric environmentalist who planted weeds next to the sugarcane crop, bewilderingly counter to the monoculture logic. Despite the grumbling and the newspaper articles that highlighted the economic losses, Carlos would not be swayed from his mission: to return nature to a balance that could not be expressed in percentages. This is how, with each handful of earth that he sifted, he felt that his hands no longer belonged to him; they were the dynamic hands of an indigenous warrior, those of a millennial being with thousands of limbs that orchestrated the future of the universe, or those of his father whose calluses reflected his dedication to his great cause.

Carlos's work attracted a multitude of new insects to the fields. Among them was a legendary flying warrior called *Genea jaynesi*, a natural predator of the *Diatraea*. It attacked the pest more effectively than any other method. It took several months for the fields to recover from the damage, but a simple readjustment had made it possible to talk of a new beginning for the ecosystem. Carlos's work continued to serve as an example for large and small mills, which began to see sugarcane as something more than just a profitable product. This is how the immense greenish desert slowly became a colourful landscape covered in dissimilar textures during the day, and at night a concert hall filled with the hum of an orchestra of hundreds of creatures.

Different intersecting events could be selected as the final sequel to this story: the revitalization of the fauna, the improvement in the health values of some foods, the new markets for notebooks, fibreboard and even sandals made with biomass, the stories that brought natural care back to life in the social imagination, the scientific discoveries... However, the last event – which could have well been the first given that it had been written for centuries – was the moment at which Carlos discovered his story, eclipsed and in time repeated, on one of the documents in his father's chest.